¿Qué es pensar?

mirado desde la vida y no desde una disciplina

** Miguel Blazquez – profesor prohibido -*

1. Por qué preguntar qué es pensar

Nadie pregunta qué es pensar. Se pregunta qué pensás de tal cosa, nunca qué es eso que estás haciendo cuando pensás. La palabra tiene la solidez engañosa de lo que se usa todos los días sin mirarlo nunca de frente. Y sin embargo, la definición que cada uno lleva puesta no la eligió: la recibió. Vino con la escuela, con el trabajo, con la manera en que se reparten los turnos para hablar.

Quien define qué es pensar define también quién piensa bien y quién no, y con eso define quién puede hablar y quién debe escuchar. No hay operación política más eficaz, porque no se ejerce sobre lo que la gente piensa sino sobre lo que la gente acepta como pensamiento. Por eso la pregunta por el qué no es un preámbulo académico: es el primer acto de poderinverso, que consiste en recuperar la potestad de nombrar la propia función.

En la Teoría de la Duda, el qué pertenece a la dimensión del objeto. Responderlo es delimitar, y delimitar obliga a declarar qué queda afuera. Eso lo distingue de recortar, que es cortar y callarse. Este texto delimita: dice qué llama pensar, desde dónde lo mira, con qué autores discute y qué preguntas deja abiertas al final, a la vista y no escondidas.

2. La herencia: pensar quedó reducido a razonar, y razonar a calcular

Occidente respondió el qué hace cuatro siglos y casi no volvió a revisar la respuesta. Descartes puso al pensamiento como la única cosa indudable y, al hacerlo, lo separó del cuerpo: quedaron dos sustancias, una que piensa y otra que ocupa lugar. La duda que usó para llegar hasta ahí fue un trámite, un pasillo hacia la certeza; alcanzada la certeza, la duda se archivó. Fue un movimiento enormemente productivo y tuvo un costo que todavía pagamos: pensar quedó definido como una operación que ocurre dentro de una cabeza, a solas, sin hambre, sin miedo y sin vecinos.

Kant le dio su mejor versión política al invitar a atreverse a saber, es decir a pensar por sí mismo sin la tutela de otro. Sigue siendo el programa más noble que produjo esa herencia, y aun así hablaba de un sujeto universal, sin clase, sin género y sin geografía. El que se atrevía a saber ya tenía resuelto el pan.

Después el positivismo terminó de apretar el cerco. Pensamiento válido pasó a ser el que se demuestra con el método de alguna disciplina; lo demás quedó como opinión, creencia o literatura. Heidegger marcó la grieta al distinguir el pensar que calcula del pensar que medita, y sostuvo que la ciencia, tal como funciona, calcula pero no piensa. Con el tiempo el cálculo se volvió el paradigma completo: hoy llamamos inteligencia a la velocidad para procesar, y decidimos que una máquina piensa cuando resuelve rápido. Byung-Chul Han describe el resultado con precisión: información abundante, contemplación imposible, un ruido de fondo que impide la demora que todo pensar necesita.

La escuela heredó el paquete entero. Evalúa la respuesta correcta y veloz, es decir uno solo de los cuatro modos que vamos a distinguir enseguida, y deja los otros tres fuera del boletín. El chico que

pregunta demasiado interrumpe la clase. Paulo Freire lo llamó educación bancaria: alguien deposita contenidos y otro los guarda. El que guarda no piensa, administra.

3. Qué iluminó y qué dejó en sombra cada mirada

Ninguna de esas miradas está equivocada. Cada una hizo visible algo que antes no se veía y dejó otra cosa en la penumbra, casi siempre por el mismo motivo: miró el pensar desde su disciplina y no desde la vida. El cuadro ordena esa doble condición, que es la que permite usarlas todas sin quedar preso de ninguna.

Mirada	Qué iluminó	Qué dejó en sombra
Descartes	Que el pensar puede tomarse a sí mismo como punto de partida y que la duda puede ser un método.	El cuerpo, los otros y las circunstancias; y una duda que sólo sirve para llegar a una certeza y después se archiva.
Kant	El coraje de pensar sin tutela, planteado como asunto público y no como virtud privada.	Que ese sujeto que se atreve tiene clase, época y lugar, y que no todos parten del mismo umbral.
Marx	Que la posición material en la que se vive organiza lo que se puede pensar y lo que ni siquiera se formula.	Lo singular e irrepetible de cada quien, que no se deduce de su posición.
Vygotski	Que primero se habla con otros y recién después consigo mismo: el pensamiento tiene origen social.	Lo que se piensa sin palabras: el cuerpo que sabe antes de poder decirlo.
Gramsci	Que todos piensan y que en el sentido común hay filosofía, aunque desordenada y prestada.	Cómo se ordena esa filosofía espontánea sin volver a poner un intérprete por encima de quien vive.
Arendt	Que pensar es el diálogo silencioso de uno consigo mismo, y que su ausencia habilita el mal administrado sin odio.	El sentir y el hacer, que quedaron en compartimentos separados del pensar.
Heidegger	La diferencia entre el pensar que calcula y el pensar que medita.	El por qué y el para qué de su propio pensar, pregunta que su biografía política dejó sin responder.
Damasio	Que no hay razón sin emoción: el cuerpo participa de toda decisión, incluso de las que creemos frías.	El contexto colectivo; el laboratorio observa un organismo, no una época.
Maturana y Varela	Que conocer no es copiar el mundo sino un acto del ser vivo entero dentro de su medio.	Quién organiza ese medio; el poder no aparece en el árbol del conocimiento.
Morin	Que la fragmentación disciplinar produce una inteligencia ciega y que hay que reformar el pensamiento mismo.	Propuso la reforma desde adentro del sistema que fragmentó, y le habló sobre todo a la academia.
Kusch	Que hay un pensar americano, del estar y del suelo, distinto del pensar europeo del ser.	Fue leído como antropología y no como lo que era: una discusión sobre qué cuenta como pensamiento.

Mirada	Qué iluminó	Qué dejó en sombra
Freire	Que se piensa con otros y sobre el mundo, y que un pensar que no transforma es palabrería.	Trabajó sobre todo con el sujeto colectivo; el cuerpo y el alma singulares quedaron menos desarrollados.
Byung-Chul Han	El diagnóstico preciso del pensar bajo el rendimiento, el ruido y la transparencia.	El instrumento: describe con exactitud la enfermedad y deja al lector sin herramienta.

Leídas juntas, las trece entradas dicen algo que ninguna dice por separado: cada una tiene razón en lo que afirma y se equivoca en lo que calla. El pensar no es el cuerpo de Damasio ni la clase de Marx ni el diálogo interior de Arendt ni la palabra prestada de Vygotski. Es todo eso a la vez, y ninguna disciplina estaba en condiciones de decirlo, porque decirlo exige pararse fuera del alambrado.

4. Cuatro modos del pensar

Así como el sentir no es una sola cosa sino cuatro que se confunden bajo un mismo nombre, el pensar tampoco es uno solo. Se distinguen por su duración, por su visibilidad y por el grado en que se los elige.

4.1. La ocurrencia. Dura segundos, no se elige, llega. Es la idea que aparece bajo la ducha, la asociación involuntaria, la corazonada que precede a cualquier argumento. Kahneman la ubicó del lado rápido e intuitivo del pensamiento y la estudió sobre todo por sus errores. La cultura letrada la desprecia porque no tiene procedimiento, y sin embargo casi todo lo que después se razona empezó ahí.

4.2. El razonamiento. Es la operación deliberada y reglada, la que puede mostrarse y auditarse: encadena, compara, deduce, calcula, verifica. Es lo único que la escuela evalúa, lo único que el trabajo remunera y lo único que la máquina imita bien. Es imprescindible, y es apenas la cuarta parte del asunto.

4.3. La creencia. Es estable, dura años o toda la vida, y sostiene la identidad. No se revisa con argumentos porque tampoco se sostiene con argumentos: se defiende como se defiende una parte del cuerpo. Bachelard llamó obstáculo epistemológico a eso que uno ya sabe y le impide conocer. Nadie está exento, y menos que nadie quien se cree crítico.

4.4. La mentalidad. Es el clima de fondo, el suelo desde el cual se piensa, y por eso es el único de los cuatro que no se percibe como pensamiento. Es lo que Gramsci llamaba sentido común: un depósito de fragmentos heredados, sin autor a la vista, donde conviven la sabiduría popular y la propaganda de anteayer. Es el modo más difícil de mirar y es exactamente donde el poder trabaja.

La distribución del trabajo es reveladora. La escuela se ocupa del segundo. La publicidad y la propaganda operan sobre el primero y sobre el cuarto. Los debates públicos se libran en el tercero, que es justamente donde nadie cambia de opinión. Del cuarto casi no se ocupa nadie, y es el que decide.

5. El pensar en las cuatro dimensiones de la identidad

Las cuatro funciones de la vida (pensar, sentir, hacer y compartir) se despliegan en una identidad superior compuesta por el cuerpo, la mente, la conciencia y el alma. También el pensar, aunque la herencia cartesiana lo haya confinado a una sola de esas dimensiones.

5.1. Se piensa con el cuerpo. Damasio mostró que no hay decisión sin participación del organismo: el cuerpo marca las opciones antes de que la razón las ordene. Pero la afirmación tiene un filo más áspero que el neurológico. El hambre piensa, el cansancio piensa, el dolor de muelas piensa, el turno noche piensa, el alquiler que vence piensa. Quien organiza las condiciones materiales de una población organiza también su capacidad de pensar. La jornada larga no es sólo una injusticia salarial: es una política cognitiva.

5.2. Se piensa con la mente. Es la dimensión de la operación reglada: lenguaje, memoria, imaginación, cálculo. Vygotski agregó algo decisivo: la palabra con la que pienso es prestada, aprendida en el diálogo con otros antes de volverse voz interior. Quien dispone de menos palabras no piensa menos, pero tiene menos herramientas para hacer visible lo que piensa y para discutirlo. Y la imaginación pertenece a esta dimensión y no al adorno: sin imaginación no hay hipótesis, ni proyecto, ni futuro.

5.3. Se piensa con la conciencia. Arendt describió el pensar como un diálogo silencioso de uno consigo mismo, un dos en uno. Esa es la dimensión que permite darse cuenta desde dónde se está pensando. No es un pensamiento más: es el pensamiento mirándose pensar. Ahí se articulan las conciencias particulares (ambiental, de clase, de género, de época) en una sola conciencia de vida. Simone Weil puso la atención en el centro de todo esto: prestarla es una forma escasa de generosidad, y es lo primero que el ruido destruye.

5.4. Se piensa con el alma. Es la dimensión de lo que no se resuelve con argumento y sin embargo decide. Rodolfo Kusch la rondó al distinguir el pensar del ser, europeo y demostrativo, del pensar del estar, americano y arraigado en un suelo. Ahí vive el para qué del pensamiento: aquello por lo cual alguien sostiene una idea aunque le cueste caro, o abandona una certeza cómoda. La cultura del cálculo la expulsó del conocimiento válido por no ser medible. La duda plena e integrada no la expulsa ni la sacraliza: la somete a la misma pregunta que a todo lo demás.

6. El pensar no gira solo

Una rueda sola no es un vehículo. Un pensar que no se hace es opinión; un pensar que no se siente es cálculo; un pensar que no se comparte es soliloquio. Freire lo dijo en una sola palabra, praxis: pensar y transformar son el mismo movimiento, y separarlos produce dos mutilaciones simétricas, la del que piensa sin hacer y la del que hace sin pensar, que es obediencia.

Gurdjieff observó que las funciones humanas suelen trabajar cada una por su cuenta, desacopladas, como motores que no engranan. Es la descripción más exacta de nuestra época: mucha gente informada e inmóvil, que sabe con precisión lo que está mal y no mueve un dedo, y otra que se mueve todo el día sin haber preguntado nunca para qué. La rueda del pensar puede girar rápido y sola. Cuando eso pasa, el vehículo no avanza: da vueltas en el mismo lugar y levanta polvo.

7. El contexto: quién piensa cuando yo pienso

Las cuatro ruedas giran dentro de un contexto formado por la naturaleza y por las circunstancias generadas desde el poder. La naturaleza aporta el cuerpo con el que se piensa, la geografía, la época

en que a uno le tocó nacer, la lengua materna que le prestó sus palabras. Nada de eso se eligió y todo eso piensa con uno.

Las circunstancias generadas desde el poder hacen algo más fino y más eficaz que dictar contenidos. El poder que funciona no ordena qué hay que pensar: define sobre qué hay que pensar, cuánto tiempo y a qué velocidad. Fija la agenda, fija el vocabulario admitido, fija cuál es el tema de hoy y cuál dejó de serlo ayer, y fija sobre todo el ritmo, que es la variable decisiva, porque un pensamiento apurado no llega nunca a la tercera pregunta.

A eso se suma la saturación. El conocimiento científico pasó de duplicarse cada setenta años a hacerlo cada siete, y esa aceleración desbordó nuestra capacidad de asimilación crítica. Vivimos en una cultura contestataria, que produce respuestas en progresión geométrica y deja las preguntas sin ordenar. El resultado es una paradoja cruel: nunca hubo tanta información disponible y nunca fue tan difícil comprender. No se piensa peor por falta de datos. Se piensa peor por exceso de respuestas y ausencia de un orden de preguntas.

8. Entonces, qué es pensar

Pensar es la función por la cual un sujeto formula preguntas y ordena respuestas sobre sí mismo, sobre los otros y sobre el mundo, con el cuerpo, la mente, la conciencia y el alma, dentro de un contexto que no eligió, y con la posibilidad, nunca garantizada, de volver sobre su propia operación.

Conviene desarmar la definición, porque cada parte discute con la herencia.

Es una función, no una posesión. No se tiene más o menos pensamiento como se tiene más o menos altura. Se ejerce, y como toda función puede estar trabada, atrofiada o girando en falso.

Es interrogativa antes que responsiva. Primero se pregunta y después se ordena lo que hay. Una cultura que sólo mide respuestas está evaluando la mitad tardía del proceso y llamando inteligencia a la velocidad de recuperación.

Compromete a la identidad entera. Cuerpo, mente, conciencia y alma. Un pensar que se reclama puramente mental no es más puro: es un pensar que no sabe con qué está pensando.

Está situado. No hay pensamiento sin dónde ni cuándo. Reconocer el contexto no es buscar excusas ni resignarse a un destino: es dejar de atribuir a la capacidad personal lo que fue producido por las circunstancias.

Puede volver sobre sí mismo, y esa posibilidad no es automática. La reflexividad exige tiempo, silencio y disposición a perder una certeza. Las tres cosas están hoy racionadas, y no por casualidad.

De ahí sale la diferencia con la duda que heredamos. La duda metódica de Descartes era un instrumento de paso, que se usaba para llegar a un suelo firme y después se guardaba. La duda plena e integrada no se guarda: es el estado permanente desde el cual se piensa, y en lugar de desarticular articula, porque obliga a recorrer las cinco dimensiones y no deja que ninguna pregunta se archive por pertenecer a otra disciplina. Dudar así no es desconfiar de todo. Es negarse a que alguien cierre una pregunta en nombre de uno.

9. El pensar a través de las cinco dimensiones de la Teoría de la Duda

La estructura de la Teoría de la Duda no garantiza que todo quede respondido. Garantiza que nada quede sin formular. El cuadro somete este mismo texto a esa prueba, y la última columna es tan importante como la anterior: son las preguntas que quedan abiertas, dichas en voz alta en lugar de disimuladas.

Dimensión	Pregunta	Qué responde este texto	Qué queda sin formular
Sujeto	¿Quién?	Piensa un sujeto entero y situado, con cuerpo, mente, conciencia y alma; no un intelecto sin biografía ni una función del cerebro.	Cómo piensa un sujeto colectivo sin que alguien termine pensando por él.
Objeto	¿Qué? ¿Cómo?	Pensar es formular preguntas y ordenar respuestas; se despliega en cuatro modos (ocurrencia, razonamiento, creencia, mentalidad) y en cuatro dimensiones.	Cómo se educa cada uno de los cuatro modos: el texto los nombra y los distingue, pero no entrega el procedimiento.
Circunstancias	¿Dónde? ¿Cuándo?	Se piensa dentro de un contexto formado por la naturaleza y por las circunstancias generadas desde el poder, que fijan agenda, tiempo y velocidad.	Cómo se distingue, en un caso concreto, lo que viene de la naturaleza de lo que fue producido por el poder y se presenta como natural.
Atributo	¿Cuánta? ¿De qué calidad?	Hay calidad de pensamiento, y no se reduce a velocidad ni a cantidad de información disponible.	El instrumento de valoración: todavía no existe una forma confiable de valorar la calidad del pensar sin recaer en tests que etiquetan personas.
Trazabilidad	¿Por qué? ¿Para qué?	Por qué pensamos como pensamos (herencia cartesiana, escuela bancaria, aceleración y ruido) y para qué pensamos (comprender la propia vida y transformarla con otros).	Para qué piensa quien ya no espera transformar nada: qué sostiene el pensar cuando la esperanza está agotada.

10. Cierre

Preguntar qué es pensar parece un lujo de sobremesa, y es la pregunta que decide todas las demás. Si pensar es calcular rápido, entonces la máquina ya ganó y el que vive perdió, porque en ese terreno ninguna persona compite. Si pensar es lo que hace un sujeto entero, con cuerpo, mente, conciencia y alma, dentro de un contexto que no eligió y sobre el que todavía puede volver, entonces no existe una sola vida que no piense, y no hay autoridad que pueda arrogarse el monopolio de decidir quién está pensando.

Esa es, al final, la apuesta de la rueda del pensar: no producir una respuesta más para agregar al montón, sino devolverle a cada quien el derecho de formular sus propias preguntas y de sostenerlas hasta el final, incluso cuando incomoden. El poder necesita que pensemos rápido y de a uno. El poderinverso necesita que pensemos despacio y con otros.